



LA BATALLA DE LEPANTO.

ROMANCE HISTÓRICO.

I.

A tí patria me dirijo,
 á tí mi querida patria;
 oye mi pobre romance,
 óyeme, pueblo de España:
 óyeme, sí, que hoy mi lira
 de laurel engalanada,
 las glorias vá á recordarte
 que en otro tiempo alcanzaras.
 Hoy mi lira, patria mia,
 á otros dias se traslada
 para cantar tus proezas,
 tus gloriosos hechos de armas,
 tus continuadas victorias,
 tus gigantescas batallas.
 Hoy cantaré la gloriosa
 que obtuviste allá en las aguas
 de Lepanto; la mas grande
 que á las huestes mahometanas
 dejára materialmente
 deshechas y trituradas.
 Yo bien sé, patria querida,
 que tus glorias fueron tantas,

que el laurel de la victoria
 ornó todas tus batallas.
 Hablen sino Covadonga,
 en la que con gente escasa
 venció Pelayo las huestes
 numerosas musulmanas;
 y siete siglos mas tarde
 la rendicion de Granada.
 Hablen San Quintin, Pavía,
 Gravelines y Las Navas.
 Hablen... pero á qué cansarme,
 si todos saben que España
 fué siempre, siempre valiente,
 fué siempre, siempre esforzada;
 y que al escudarse humilde
 en su ardiente fé cristiana,
 debió al cielo que en sus lides
 benévolo la amparara.

II.

Ya el siglo-décimo cuarto
 mas de su mitad pasara,
 cuando Selim el Gran Turco,
 que allá en Oriente reinaba,



por Mustafá aconsejado
 en su avaricia insensata
 pidióle un dia á Venecia
 la isla de Chipre apreciada.
 Venecia la dueña siendo
 de la isla, negóse á darla;
 mas Selim, no respetando
 la propiedad que es sagrada,
 decidió segun consejo
 de Mustafá, conquistarla.
 Uluc-Alí mientras tanto
 con una potente armada
 penetrando por el golfo
 de Venecia en las cercanas
 riberas, cual el torrente
 que se desborda, y arrasa
 cuanto á su paso se opone
 en su incontrastable marcha,
 negro luto fué sembrando
 por todas aquellas playas;
 tan pronto llega á una aldea
 y prende fuego á las casas,
 y á sus pobres habitantes
 los esclaviza ó los mata,
 como vá por los sembrados
 y las ricas mieses tala.
 Es la tempestad terrible;
 es el rayo que desgarrar
 el tronco de añosos árboles;
 que Uluc-Alí por do pasa,
 pasa tras de sí dejando
 desolacion, luto y lágrimas.
 Venecia ante estragos tales
 la proteccion demandaba
 de las naciones vecinas;
 pronto socorrióla el Papa,
 que en aquella sazón era
 Pio Quinto el que reinaba,
 mandándole diez galeras
 en auxilio de su escuadra.
 Mientras esto sucedia
 las tropas mahometanas
 de Selim ante Nicosia
 sus reales asentaban.
 No me detendré á contaros
 los apuros que pasaran
 los intrépidos guerreros
 que defendian la plaza.
 Selim sitióla por hambre,

y Nicosia estenuada
 tuvo por fin que rendirse
 á las enemigas armas.

.....
 Viendo el Papa que los turcos
 gran incremento tomaban,
 á los príncipes cristianos
 les dirigió una llamada,
 á que Felipe Segundo
 correspondió sin tardanza.
 Entonces formóse en Roma
 con Venecia y con España
 para combatir infieles
 una poderosa alianza;
 una liga contra el turco
 que se llamó liga santa.

.....
 Ya el año mil y quinientos
 setenta y uno marchaba
 hácia su fin; y en el puerto
 de Mesina ya se hallaban
 por aquel tiempo reunidas
 casi todas las escuadras.
 Llegaban de todas partes
 galeras y galeazas,
 unas conduciendo tropas,
 otras provisiones y armas.
 Tantos bajeles se vian
 que todo el puerto llenaban,
 y bien pudiera decirse
 que desde épocas romanas
 jamás habian pesado
 de aquel mar sobre las aguas
 á un mismo tiempo reunidos
 tanto bajel, tropa tanta.
 Ciento setenta galeras
 perfectamente equipadas
 bajo el mando del invicto
 general D. Juan de Austria,
 eran las representantes
 del grande poder de España.
 Doce seguian á éstas,
 de Pio, con seis fragatas;
 luego ciento treinta y cuatro
 de las tropas venecianas.
 Antes de hacerse á la vela
 llegó un legado del Papa

portador de la noticia
de indulgencias y de gracias
para todos los aliados
como en tiempo de cruzada.

Por fin á la mar se dieron
al comenzar la mañana
del diez y seis de Setiembre,
en medio de la algazara
de las músicas sonoras
y el vuelo de las campanas.

Famagusta mientras tanto
por Uluc-Alí sitiada
resistir no pudo el choque
de las huestes musulmanas.
Un dia junto á su tienda
Uluc-Alí se encontraba
sentado con el orgullo
del que despótico manda,
cuando se llegó un soldado
y á respetuosa distancia
se detuvo:—«Un mensajero,
le dijo, que de la plaza
llega en este mismo instante
quiere hablaros sin tardanza.
—Que pase. A ver si se esplica
esa cobarde canalla.»
Casi al punto se presenta
un hombre ya de avanzada
edad, su rostro arrugado
y su cabeza ya cana.
—«Pasad aquí, mensajero.
—Soy el gefe de la plaza.
—Sentaos.
—No, no me siento.
—¿Qué quereis?
—Hablar con calma.
—¿Capitulais?
—Si es con honra
para las armas cristianas,
sí.
—Pues pasad á mi tienda,
y tened plena confianza.»
Y los dos sin mas testigos
que una mesa de campaña
y varias sillas, entraron

en la tienda capitana.
No trascurrió mucho tiempo
sin que ambos á dos firmaran
un pliego que contenia
claramente estipuladas
las bases de la honrosísima
capitulacion, pues trata
Bragadino, el buen anciano,
el de la cabeza cana,
que se respeten las vidas
y haciendas; mas ¡negra infamia!
despues cuando ya las tropas
del turco posesionadas
de Famagusta estuvieron,
faltando á la fé pactada
Uluc-Alí á Bragadino
y á otros gefes que allí estaban
entre suplicios horribles
la existencia les arranca.

La escuadra en tanto á Lepanto
buscando al turco marchaba.
Por fin el siete de Octubre
al comenzar la alborada
dos horas antes que el sol
sus rayos de oro mostrara,
de las cristianas galeras
levantáronse las anclas.
Ya estaban frente á la costa
de la deliciosa Albania
á la altura de las islas
Curzolaes ó Equinadas
cuando las galeras turcas
distinguió una veneciana.
Don Juan mandó enarbolasen
la bandera sacrosanta
de la liga: un cañonazo
anunció que la batalla
iba á comenzarse pronto
reñida y encarnizada.

III.

Estaba el cielo sereno;
con dulzura el sol brillaba,
y reflejaban sus rayos
los aceros y las aguas,
los esplendentes escudos
y los yelmos deslumbraban
y en las popas de los barcos



inscripciones de oro y plata.
 Todo se hallaba en silencio;
 todo en aparente calma.
 Cuando se encontraron cerca
 frente á frente las armadas
 Don Juan exhortó á los suyos
 pronunciando estas palabras.
 «Nobles y heróicos soldados
 «de las naciones aliadas.
 «Vosotros que siempre fuisteis
 «valientes: los de la España
 «nobles hijos: de Venecia
 «fuertes guerreros: romanos
 «huestes: á todos os hablo.
 «Santa y noble es nuestra causa,
 «no dejéis que nos pregunte
 «esa morisma insensata
 «¿por qué vuestro Dios os deja?
 «decid ¿por qué no os ampara?
 «Pelead con fé en su nombre
 «que la victoria os aguarda.»
 Nunca la fé verdadera
 nunca queda defraudada.
 Soplabá el viento contrario
 para la flota cristiana;
 cuando el cielo dió una muestra
 de sus favores muy clara,
 pues el viento de repente
 cambió en direccion contraria.
 ¿No habeis visto con frecuencia
 la tempestad, que con calma
 vestida de negras nubes
 muda y silenciosa avanza,
 y luego rompiendo ronca
 con fuerte bravura estalla
 entre el horrisono trueno
 y al huracan que rebrama?
 Pues así las enemigas
 silenciosas avanzaban
 yendo á buscarse una á otra
 con magestuosa pausa,
 hasta que rompiendo el fuego
 las galeras capitanas
 en confusa gritería
 chocaron las dos armadas,
 del cañon al ronco estruendo
 y al silbido de las balas.
 Muy pronto se hizo el combate
 una lucha encarnizada

en que los hombres reñian
 cuerpo á cuerpo, cara á cara.
 Chocaron primeramente
 las galeras mahometanas
 de Siroko entre el estruendo
 de los gritos de batalla
 con las heróicas galeras
 que Barbarigo mandaba.
 Astuto cual la serpiente
 que por el suelo se arrastra
 conocedor de la costa
 Mahomed-Siroko trata
 de envolver á Barbarigo
 y á sus tropas denodadas;
 mas conseguirlo no pudo
 sino en una parte escasa
 ante el valor y pericia
 de las galeras cristianas.
 Maniobra muy semejante
 contra el de Doria intentaba
 Uluc-Alí el argelino
 hacer en la izquierda ala,
 mas Doria estendió su línea
 para impedir que pasaran.
 Uluc observando en tanto
 que estaban muy separadas
 en su frente las galeras,
 casi todas venecianas,
 aprovechó este descuido
 para de cerca atacarlas.
 Valientes sus defensores
 hasta la audacia rayaban
 oponiendo con sus pechos
 inquebrantable muralla,
 dique fuerte que no rompen
 las saetas ni las balas.
 Sola se encontraba entonces
 la galera capitana
 que llevaron á Lepanto
 los caballeros de Malta.
 Audaces se defendian
 contra las turcas galeazas
 que en número mas crecido
 por aquel lado atacaban,
 y en su valor indomable,
 en el pecho la cruz santa
 no consintieron rendirse
 á las enemigas armas.
 Redoblaron el ataque

los turcos con fuerte rabia
rodeando por ambós lados
el fuerte bajel de Malta,
más éste incansable siempre
por todas partes lanzaba
cual un foco de granizo
de sus mosquetes las balas.
«Al abordaje,» los turcos
con furia feroz gritaban
asediando la galera
numerosísimas lanchas.
Los escasos defensores
que dentro de ella quedaban,
antes que verse vencidos
por las tropas mahometanas
se agruparon en el puente
con incomparable audacia
aguardando el abordaje
para pelear cara á cara.
Cual el numeroso rastro
de las hormigas que asaltan
de rico trigo un granero
tal hácia el bajel se lanzan
los turcos; por todas partes
cubriendo al bajel las bandas
en número tan crecido
que casi centuplicaban
el número ya pequeño
de los guerreros de Malta,
que audaces en heroísmo
con la fuerza que les daba
su valor nunca amenguado
en su indómita pujanza,
emprendieron con los turcos
una lucha encarnizada
hasta que murieron todos
menos tres, que se salvaron
confundidos con los muertos
y mal heridos estaban.
Mientras todas estas cosas
sucedian en las alas,
en el centro con empeño
unos á otros se buscaban
con grande estruendo chocando
las galeras capitanas.
Alí-Bajá con sus fuertes
tropas experimentadas
comenzó un nutrido fuego,
lluvia de flechas y balas

al que con ardor creciente
contestó D. Juan de Austria
con las tropas españolas
que en su galera llevaba,
que heróicas cual siempre fueron
y de gloria inmortal ávidas,
contra los turcos genízaros,
los guerreros de mas fama
que entonces se conocian
por todas aquellas aguas,
emprendieron una lucha
descomunal y titánica.
Por todas partes el fuego
con furor se redoblaba,
vomitaban los cañones
la destructora metralla
y relumbraban en torno
estremecidas las aguas.
Las nubes que el humo hacia,
lentamente se elevaban
en espiras caprichosas,
ora negras ora blancas,
ocultando á los bajeles
á medida que engrosaban
todo lo que sucedia
á no muy larga distancia.
La sangre en vapores rojos
por las galeras rodaba
y de la mar se tiñeron
despareciendo sus aguas.
Todo confusion y muerte
era allí; sus negras alas
tendió sobre las galeras
la fea y horrible parca.
Cuadro triste, sí, muy triste
los bajeles presentaban;
cuadro de terror y espanto
que de luto llena el alma.
No hay pintores, no hay poetas
que esta sangrienta batalla
con sus colores mas vivos
puedan siquiera sea pálida
retratar, siempre sus copias
débiles serán y lánguidas,
que aquella lucha terrible,
tan cruda y tan sanguinaria
no la describe la pluma,
ningun pincel la retrata.
Las tropas que Barbarigo

contra Siroko mandaba
 se batian con denuedo
 haciendo heróicas hazañas.
 Barbarigo, de una flecha
 que le destrozó la cara
 y le hizo saltar un ojo
 fué herido, mas no fué causa
 de que sus valientes tropas
 su ardor bélico amenguaran.
 Un valiente capuchino
 atando en una alabarda
 su cruz, fué á ocupar el puesto
 que Barbarigo dejara.
 Entusiasmadas las tropas
 al mirar la enseña santa
 redoblaron el ataque,
 mientras las tropas contrarias
 iban con mucha cautela
 tomando la retirada.
 Notáronlo los cristianos,
 y aumentando la pujanza
 de su valeroso ataque
 en contra la capitana
 de Egipto, de él no cejaron
 hasta conseguir tomarla.
 Mahomed-Siroko fué muerto
 á los golpes de la espada
 de Cortarini, y en tanto
 que á Barbarigo anunciaban
 la noticia, satisfecho
 la oyó mientras espiraba.

IV.

En el centro con empeño
 indecisa la batalla
 seguía aun: por dos veces
 el abordaje intentarían
 los valientes españoles
 al grito de Dios y Patria.
 Un hombre, no, un elemento,
 con indómita pujanza
 corría por todas partes
 entre las tropas cristianas
 moviendo cual torbellino
 su nunca rendida espada;
 desaparecía entre el humo
 del cañon, entre las llamas;
 aparecía de nuevo
 dominando su mirada
 los bajeles enemigos

con la fiereza del águila.
 Corría de un lado á otro
 mas con lijereza tanta,
 que era el movimiento mismo
 pero con formas humanas;
 tan pronto estaba en la popa
 sobre la parte mas alta
 como en la proa ó el puente
 ó asomado por las bandas.
 Era el fulgor de la guerra
 el genio de la batalla,
 era el general invicto,
 era en fin D. Juan de Austria.
 Con infatigables brios
 á pesar de su avanzada
 edad Sebastian Veniero
 á su lado peleaba.
 Y Requesens y Colonna
 con el príncipe de Parma,
 y Figueroa el valiente,
 Carrillo, Urbino y Zapata.
 No menos digno de gloria
 también fué en esta batalla
 un soldado que rendido
 por una fiebre en la cama
 abandonando su lecho
 pidió que le colocaran
 en un sitio peligroso
 por defender la cruz santa.
 Este soldado valiente
 que tanto ardor demostraba,
 fué herido en la mano izquierda
 y el pecho; y estas palabras
 dijo entonces: «Las heridas
 «recibidas en batalla
 «á nuestro Dios defendiendo,
 «son estrellas que nos marcan
 «el camino de la gloria,
 «el templo do está la fama.»
 ¿No conoceis al soldado
 que de esta manera hablaba?
 Pues era el inmortal genio
 de la lengua castellana:
 era Cervantes el héroe
 de la España literaria,
 que si lauro alcanzó entonces
 mayor lauro le aguardaba
 con su Quijote, modelo
 de nuestra querida habla.

Tambien justo es que nombremos
tributando elogio en aras
de la pericia, á D. Alvaro
de Bazan, que con su escuadra
de socorro, siempre á tiempo
á todas partes llegaba.

¿Mas para qué ir relatando
las inauditas hazañas
de capitanes y tropas,
si estas fueron tantas, tantas,
que en cien romances como este
no se vieran acabadas?

Baste con decir que todos,
desde el mismo D. Juan de Aus-
hasta el último remero (tria
cumplieron cual se esperaba,
que todos fueron heroicos
todos por la liga santa.

* * *

Continuaba en el centro
con ardor aun la batalla.
Por tercera vez el toque
de ataque en la capitana
resuena, y los españoles
al abordaje se lanzan.
Opónenles los Genízaros
otra vez fuerte muralla
lanzando con mucho tino
sus flechas envenenadas;
pero los arcabuceros
que llevaba D. Juan de Austria,
ante tan nutrido fuego
nunca cobardes desmayan
contestando con espesa
lluvia de certeras balas.
Aproximábanse heroicos
cuando allá en la capitana
de los turcos se vé un hombre
caer inerte de espaldas,
y al momento se oyen gritos
y una confusion estraña
y al mismo tiempo las tropas
españolas se abalanzan
abordando la galera
al grito de «¡viva Española!»

¿Mas qué confusion impera
en las tropas musulmanas?
¿Por qué todos gritan y huyen
ó arrojan al mar sus armas?

¡Ah! mirad, mirad, el hombre
que antes cadáver quedara
es Alí-Bajá, los turcos
han perdido la jornada.
Mirad el asta bandera,
ya la enseña sacrosanta
de la liga en ella flota.
La media luna de plata
se ha amainado; la victoria
es de las tropas cristianas.
«¡Victorial!» todos repiten,
«demos á la Virgen gracias
«¡sí, porque hoy la del Remedio
«nos dió su proteccion santa!»
Aun Uluc-Alí ignorando
la ya victoria alcanzada
sostenia su combate
con las tropas venecianas
de Doria; que socorridas
por Bazan, pronto rescatan
del capitan argelino
la capitana de Malta.
Y luego al ver la bandera
de los cristianos izada
en sus bajeles, con todos
los que pudo, en retirada
se pronunció y en su fuga
del cabo en la playa baja
muchas galeras que huían
se quedaron encalladas.
Temerosos los cristianos
y con razon no infundada
de una tempestad que entonces
se cernia en lontananza,
apresaron las galeras
que los turcos entregaran
libertando á los esclavos
cristianos que allí remaban:
las galeras inservibles
entregaron á las llamas
apresurados marchándose
hácia el puerto de Petala,
que la tempestad de prisa
con ronco mugir llegaba.

V.

Pueblo español, ya escuchas—
que cual mi lábio lo canta, (te,
siempre por tu fé venciste,
que siempre victoria alcanza

quien al cielo humilde implora
cuando desnuda la espada,
que por la razon esgrime,
que sin honor nunca envaina.
Pueblo español, satisfecho
puedes estar de tu patria,
á que alfombran los laureles
de esta y otras mil batallas,
que el mundo entero llenaron
de tu gloria y de tu fama,
de tu valor indomable,
de tu hidalguía estremada.

Pero, tú, pueblo querido,
si esta troya te entusiasma
no dejes por su influencia
de amar la paz dulce y santa,
madre de todo progreso,
lazo de flores que halaga,
y que á Dios nos aproxima
y hasta el cielo nos levanta.
Así, pues, mientras tus glorias
este humilde poeta ensalza,
tú pide siempre á la Virgen
paz conceda á nuestra España.

RAFAEL APARICI Y PUIG.

